

taban personas que citaban los estrambóticos nombres de su victoria, supliendo así la falta de periódicos que tanto se hacia sentir en el imperio del iman de Mascat.

Antes de vencer á los hombres segun se decia habia tenido una existencia solitaria y salvaje en el interior del Africa. Habia vencido los grandes tigres del Soldan y luchado cuerpo á cuerpo con los leones del Atlas.

Era un héroe.

Su gloria, conocida ó no, crecia cada vez mas. La invencion se adicionaba á la realidad para formarle un romántico y extraño renombre.

Y como pasaba siempre indiferente y desdeñoso por medio de la multitud, crecia la invencion hasta rayar en el entusiasmo, porque la gente, semejante á una mujer coqueta, prodiga sus favores á quien no los quiere,



XI.

MONTALT.

Montalt era hermoso, joven y noble. Tenia en el mas alto grado ese prestigio que dan las aventuras. Esto era bastante ya, y sin embargo, no era todo. Su fortuna era colosal, segun los noticieros, sin que consistiera en lo que constituye la fortuna en nuestros países europeos.

No poseia campos, ni castillos, ni acciones de minas, ni créditos contra el tesoro.

Su riqueza era tan escéntrica como él mismo. Sus millones cabian en el hueco de su mano.

Poseia una caja cuyo contenido nadie podido habia ver.

Esta caja, que el rey Jorge tal vez no hubiera podido comprar, era de palo de sándalo engarzado en diamantes grandes y pequeños dispuestos sin simetría.

En la tapadera de la caja habia unos huecos ya vacíos, porque tan pronto como faltaba el oro en las cajas del nabab arrancaba Montalt uno de los diamantes pequeños, vendiendo como un pródigo regalo una tras otra las posesiones que constituían su herencia.

Pero creíase que aun quedaban bastantes para satisfacer la mas loca prodigalidad durante la mas larga de todas las vidas.

Así pues, no se molestaba; su palacio de Portland Place se asemejaba al de un soberano de las Mil y una noches.

Decíase que tenia cincuenta caballos de inestimable valor en sus cuadras, un ejército de esclavos y un serrallo de cincuenta mujeres.

Esto, así debemos reconocerlo, no habia sido probado suficientemente; pero pasaba como muy cierto y nadie pensaba ponerlo en duda.

¿De qué no era capaz Montalt?

Su lujo, cualquiera que fuese, carecia de ejemplo en la historia de la elegancia británica. Las ladys escandalizadas, se vengaban del nabab. El harem de Montalt era el objeto de conversacion en los tés de la nobleza y del *gentry* en el precioso West-End.

¡Cincuenta mujeres! bellezas asiáticas y africanas, hurís de Circasia, Vénus de Madagascar.

Y tambien bellas jóvenes de Londres, sílfides de Paris, italianas y españolas. Formaban á Dios gracias una coleccion completa.

Por complemento se añadía que Berry Montalt se aburría profundamente en el seno de sus delicias. Los que pretendían saber mas, decían que nunca pasaba las cerradas puertas de su paraíso.

¡Qué inagotable asunto de conversacion! ¡Qué placer se hubiera tenido en descubrir los secretos de aquel corazón! Daba tantos deseos de saber mas de lo que ya se sabia!

Algunos pretendían que el nabab tenia el alma tan dura como los diamantes de su caja de sándalo, y que experimentaba un placer cruel en destrozár á sus piés la felicidad de una mujer: otros afirmaban que amaba á un sér misterioso, oculto á todas las miradas.

Para unos era frio como un Antinóo de mármol; para otros era celoso como un Otelo.

En el capítulo de las mujeres tenia para todos el secreto de su existencia, algo de sombría y terrible.

¡Pero además habia otro enigma! Aquellas mujeres, aquellas mismas que podía retener encerradas en un país libre.

¿Era avidez ó amor?

En cuanto á la moralidad de ese fantástico lujo, habia una cosa desoladora. Montalt no tenia ni

aun para su serrallo la escusa de la religion. No conocía á Mahoma, y se declaraba tan buena calvinista como el dean de Saint-Paul.

Las ladys gritaban enérgicamente, declarándose *ofendidas*, lo que es el supremo placer de las ladys; pero se ocupaban sobre toda ponderacion de Berry Montalt, y cada una de ellas por persuadirse *in petto* que si el nabab hubiese tenido la felicidad de poseer señoría por cincuenta y una monedas, hubiese despedido al momento á las demás.

No bastaría un volúmen para referir todo lo que se decia de absurdo ó de razonable acerca del mayor Berry Montalt.

Tan pronto eran desmedidas alabanzas como locas calumnias. Aquí se ensalzaba su pródiga caridad que deramaba en torno suyo el oro á manos llenas; allí se pretendia que un gran crimen pesaba sobre su vida pasada, y que su opulencia tenia olor á sangre.

Al decir de los unos, era orgulloso y reservado hasta el punto de rehusar orgullosamente su mano á un miembro de la cámara alta; al decir de los otros, se le habia visto sentado á la mesa de una taberna de los alrededores de Convent-Garden fraternizando con los bogadores y borrachos.

Los ecléticos concluian que todo esto era muy cierto.

Montalt era generoso y criminal como los héroicos bandidos de los dramas; era á la vez soberbio y curioso de las estrañas alegrías del pueblo. ¿Aro-

un-al-Raschid y su visir Giafar no iban á correr aventuras á las tabernas de Bagdad? Lo cierto era que Montalt era el mas caprichoso de los nababs.

Esto concediendo que los nababs son los mas caprichosos de los hombres.

Berry Montalt abandonó á Lóndres como habia entrado, de improvisó, y de una manera deslumbrante.

El día de su llegada se le habia visto en litera india seguida de trenes dignos de un rey, subir lentamente Regent-Street en medio de una muchedumbre de *cocheney*s para llegar á su palacio de Portland-Place.

El día de su partida se le vió en magnifico carruaje rodeado de negros á caballo, dirigirse hacia el Támesis, donde le esperaba el *Erebo*, fletado por él solo.

Una circunstancia debió en parte derrotar á los glosadores que habian referido tan buenas historias respecto al harem de Portland-Place.

Montalt no llevaba consigo mas que una mujer, cuyo rostro estaba cubierto por un largo y espeso velo.

Pero definitivamente esto no probaba nada absolutamente. Las otras sultanas del nabab habian sido sin duda despedidas con ricos presentes.

Y las ladys se escandalizaban, confesando que el serrallo de Montalt era una quimera.

Cuando salieron las primeras nubes de humo de la chimenea del *Erebo*, la multitud de curiosos que

se oprimian en London-Bridge impedía que se viera el suelo.

En el momento en que las aguas del Támesis, batidas por las ruedas, comenzaron á trocarse en espumas, resonó por todas partes un grito de aclamación.

Saludábase á la vez el primer steamer que afrontaba los peligros del Océano y al rey de los nababs.

Berry-Montalt había entrado con su comitiva bajo la tienda de cachemira que ocupaba la popa del *Erebo*. El buque comenzó á hendir las aguas. Durante algunos instantes se distinguió la negra cabellera de humo, oponiendo al sol sus vagas nubes, y luego desapareció completamente en dirección de Greenwich. Lóndres se quedaba sin su rico nabab.....

Hacia cuarenta y ocho horas que los marineros del *Erebo* habían perdido las torres gemelas de Westminster: ningún accidente había hecho hasta entonces el viaje notable: á pesar de las dudas de la maniobra insuperable de un primer ensayo, todo hacía creer que la travesía sería completamente feliz, y que el *Erebo* triunfante haría al día siguiente su entrada solemne en el puerto de Burdeos.

El mar tranquilo y hermoso, parecía sonreír á ese nuevo huésped que iba á experimentar sus azarés. Las tres cuartas partes de los marineros es-

taban ociosos, empleando el tiempo en hablar con el nabab.

Todo cuanto acabamos de decir era contado por los mas sábios, pero con gran número de adiciones y variantes.

Los marineros de todos los países son intrépidos romanceros. La vida de Montalt, tan estraña ya en realidad, tomaba al pasar por su boca un color por demás sobrenatural.

Y cuanto mas ganaba la historia maravillosa, mas curiosas y tímidas se hacían las miradas de los marineros, fijas sin cesar en Montalt.

Había para ellos en torno de su tranquilo rostro como una aureola fantástica. En el pensamiento de una reunión de marineros no podía estar sin influencia sobre la suerte del barco que conducía tal sér.

Unos creían firmemente que Berry-Montalt era la felicidad del marino; otros bajaban la cabeza, deslizando una ojeada temerosa hácia los dos negros hijos de Madagascar y decían:

—¡Dios nos proteja!

Un solo marinero sobre el puente del *Erebo* permanecía completamente estraño á estas preocupaciones: era el jóven de larga cabellera, que estaba separado de los grupos, apoyado en la banda. Nada de cuanto pasaba en torno suyo veía, y sin el estremecimiento doloroso que agitaba á veces su barba, se hubiera podido creer que le había sorprendido el sueño.

Berry-Montalt no se había dignado conceder una sola ojeada á los marineros, que consideraban su vida como una sencilla epopeya; pero sus miradas se habían fijado por casualidad una ó dos veces en el jóven marinero que no se ocupaba de él.

Preciso era seguramente alguna cosa mas grave para alterar la perezosa meditacion del nabab. Sin embargo, una vez en el momento en que miraba al jóven marinero, había echado atrás éste su espesa y larga cabellera, descubriendo repentinamente las facciones pálidas y tristes de su rostro.

Los ojos de Montalt se habían animado un momento, manifestando su rostro cierta especie de interés.

¿Hacia renacer en él aquel rostro desconocido un lejano recuerdo?

El sol se ocultaba entre los sonrosados vapores del horizonte; el aire era calmoso y el cielo estaba límpido.

Las miradas de Montalt no tardaron en perderse de nuevo en el vacío.

Habiase doblado el Ouessant, y la isla Molena mostró, al Sud-Este, su fragosa costa.

El nabab rechazó la boquilla de su pipa, haciendo un gesto de fastidio.

—Es largo, murmuró hablándose á sí mismo, y no hay objeto alguno en el término de este viaje.

Su cabeza se ocultó entre los cojines y se cerraron sus ojos.

—¡Seid! dijo.

El negro que tenía el abanico se arguyó, permaneciendo inmóvil á los piés de su señor.

—Vés á buscarme á Mirza, replicó el nabab sin abrir los ojos.

Seid se lanzó hácia la escalera que conducía á las cámaras.

Sus desnudos piés tocaban apenas el brillante piso del puente.

En el momento que tocaba la escotilla se dejó oír de nuevo la voz del nabab:

—¡Seid!

El negro, dócil, volvió.

Montalt murmuraba.

—¿Qué le diré? No la amo... ¡Oh! esos á quienes se llaman desgraciados tienen al menos un deseo y á veces una esperanza.

Por sus labios vagaba una sonrisa amarga.

Los marineros decían:

—¡Es muy feliz!

—Nada, prosiguió Montalt, esta es la vida. ¿Y qué hay despues de la muerte?

Abrió los ojos y vió á Seid que esperaba sus órdenes.

—Llama al capitán, dijo.

Seid obedeció silenciosamente como siempre.

El capitán llegó con el sombrero en la mano.

—¿Dónde estamos? preguntó Berry.

—En las costas del Finisterre, milord, respondió el inglés con respeto.

—¡La Bretaña! murmuró Montalt, otra vez la

Bretaña.... Siempre hemos de estar viendo ese odiado país!

El capitán era uno de esos ingleses amables, pacientes, flemáticos, tercos, que se encuentran á veces, y cuyo agradable trato contrasta con el impertinente humor del sajón de pura sangre. No se incomodaba por hablar con su millonario pasajero.

—Con el permiso de vuestra señoría, respondió estaremos viendo la Bretaña hasta la noche, que no tardará mucho en llegar, y mañana entraremos en la ría de Burdeos.

—¡Es largol.... dijo Montalt.

—No mucho, sobre todo para vuestra señoría, que ha dado la vuelta al Africa!.... Pero, milord, no es muy comun encontrar personas que se fastidian mirando las costas del Finisterre.

Hace diez años que hago la travesía de Londres á Burdeos dos veces á la semana en los antiguos paquebotes de vela y siempre he visto á los gentilemans estasiarse al considerar la belleza del paisaje. Pero milord tendrá tal vez sus razones para no amar la Bretaña.

Montalt se incorporó sobre el codo; estaban fruncidas sus cejas.

—¡La Breña! repitió, la Breña!.... Hay cosas que sin conocerlas se detestan. Anhele dejar de ver esta costa árida, que no puede animar el azul del cielo ni el sol con sus brillantes rayos.

Dirigió hácia la ribera una mirada en que se ma-

nifestaba un odio verdadero; luego volvieron sus ojos á fijarse en alta mar.

—Todo eso depende de los gustos, murmuró filosóficamente el inglés: á mí me son indiferentes la Normandía, la Bretaña, la Guiena y la Vendée.

Cambiando de direccion habian encontrado las miradas del nabab las del jóven marinero, inmóvil siempre y en el mismo punto.

—¿Qué niño es aquel? dijo.

—El breton, respondió el capitán.

Las cejas de Montalt se arquearon mas.

—¡Todavía!.... exclamó.... Es demasiado; en todas partes se les halla.... como el judío han re-negado de Dios.

—Decididamente milord no ama la Bretaña, dijo el capitán.

—Orza, añadió dirigiéndose al timonel, y vosotros, echad combustible.... Milord, vamos á bogar con mas velocidad para dar gusto á vuestra señoría.... La bruma se levanta ya por la parte de tierra y dentro de veinte minutos no veremos otra cosa que cielo y agua.

Oyóse rechinar los muelles del timon y la chimenea vomitó un humo aun mas negro. El buque cambió de direccion, poniendo la proa hácia alta mar.

Pero en el momento en que se lanzaban por aquella nueva línea se dejó oír un fuerte estallido en el costado derecho del barco, experimentando todos en el puente una fuerte sacudida. Casi al mismo instante giró el *Erebo* con rapidez sobre sí mismo

La rueda izquierda, movida por un vapor mas intenso, hacia levantarse el agua espumosa, pero la derecha no funcionaba.

El *Erebo* habia chocado contra uno de esos numerosos escollos á flor de agua que impiden la proximidad á Ouessant.

— ¡Stop! gritó el capitán sin moverse.

El vapor silbó en la chimenea. El *Erebo* cesó de girar.

— ¿Qué hay? preguntó Montalt.

— Si vuestra señoría no dispone otra cosa, respondió el inglés tranquilamente, es que no gira mas que una sola rueda, pues la de estribo se ha roto, y vamos á vernos obligados á disminuir la velocidad.

Lo siento infinito por vos, milord, pero tendremos que hacer arribada al puerto de Brest.

— Me opongo, dijo secamente Montalt.

El inglés saludó.

— Milord, replicó humildemente, el buque me está confiado y complaceré á vuestra señoría virando de bordo.

— Nunca pondré el pié en esa maldita tierra, interrumpió Montalt, cuya frente palidecía bajo su bronceada tez. . . . mientras viva nunca, nunca.

En su rostro tan frio ordinariamente, se advertía entonces una emocion extraordinaria.

— Milord, quiso decir el capitán.

Montalt le interrumpió otra vez.

— ¡Yo pisar el suelo de Bretaña! añadió con cesal-

saltacion creciente, ¡yo! . . . ¡yo! . . . ¡Vos no sabeis! . . . Soy enemigo de cuanto lleva el nombre de breton. . . . ¡Un breton! ¿es un hombre? Yo que tiro el oro á manos llenas, veria un breton pedirme de rodillas limosna sin darle un pedazo de pan. . . . Mirad, añadió mostrando el mar con un gesto de temible energia; veria perecer á un breton, perecer, ¿comprendeis? y no lo tenderia la mano para que se salvase.

El capitán miraba á Montalt con admiracion. A los ojos de los hombres frios, esas repentinas cóleras cuyo motivo no se adivian son una gran prueba de debilidad.

El capitán se volvia hácia el grupo de los marineros, que esperaban indecisos cerca de la máquina, muda entonces é inmóvil.

— Soltad los rizos, dijo; hace un mes, si me hubiérais hecho el honor de comprarme mi antiguo paquete, os hubiera garantizado con toda seguridad no sufrir estas incomodidades. . . . pero se quiere estar inventando siempre y hacer cosas mejores de las que existen! El *Erebo* es un barco de vapor. . . . A pesar del deseo que tengo de mostraros mi respeto, no puedo llevar sin velas á Buerdeos.

Los ojos negros del nabab no tenian ya aquel ardiente brillo que antes despedian sus pupilas: aquel poderoso enojo que parecia querer romper todo obstáculo, iba disminuyendo poco á poco bajo el peso de su pereza.

— Cuando he puesto el pié en la cubierta, dijo

sin embargo, me habeis afirmado que el señor aquí era yo; hasta ahora nada he mandado.

—Milord, replicó el inglés, respondo ante Dios de vuestra vida y de la tripulación.

Los dos negros escuchaban y miraban. Sus sombríos rostros manifestaban sencillamente la sorpresa que experimentaban al ver una criatura humana resistir á su señor.

El nabab habia colocado de nuevo la cabeza en los cojines.

—Si os dan mil libras, dijo, ¿iréis directamente a Burdeos?

—¿Mil libras? replicó el inglés; aun cuando estuviera la peste en las costas de Bretaña, no daría un paso mas.

—Dos mil libras, dijo el nabab cerrando á medias sus ojos.

—Imposible, milord.

Las cejas de Montalt se frunciéron ligeramente. Esto fué todo. Despidió al capitán con un gesto enojoso y poco satisfecho.

Luego cerró en seguida los ojos, pidiendo la pipa.

Una aromática nube ocupó inmediatamente todo el ámbito de la tienda de cachemir, y algunos segundos despues parecia que el nabab habia caído en su habitual indolencia.

Los dos negros estaban allí, fijas las miradas y dispuestos á adivinar sus menores deseos. Seid sostenía la pipa de ámbar mientras, que su compañero

agitaba blandamente las plumas flexibles del abanico.

Imposible es figurarse un grado mas absoluto de molicie.

Al ver á aquel hombre se pensaba en el soñoliento egoismo de la Sibaris antigua. La apatía del cuerpo y del pensamiento estendia como un pesado velo sobre su noble nobleza. Preciso hubiera sido el rayo para sacarlo de aquel letárgico sueño. Debía decirse que todo estaba muerto en él, y que sin moverse hubiera visto el fin del mundo.

Todo en él estaba muerto, escepto aquel extraño ódio contra un país desconocido, la Bretaña.

Desde que habian tocado la tierra de Europa no se habia enrojecido su frente mas que una sola vez aquella habia sido á la idea de poner el pié sobre la costa de Bretaña.

Esto era una locura. ¿Y Dios castigaba así á aquella arrogante naturaleza que parecia anonadarse en la inercia, despues sin duda de haber gustado todas las delicias, agotado todos los placeres?

La bruma iba estendiéndose. Las gentes de Ousant no habian podido ver la metamórfosis que cambiaba al brillante steamer en una pobre barca.

El *Erebo* navegaba con lentitud entre los escollos y las corrientes que se encuentran al Oeste de Molena. Dirigiase lo mejor que podía hácia Brest.

El sol se habia puesto en alta mar. La noche comenzaba á cubrir la superficie de las aguas con su manto de tinieblas.

En el cielo, resplandeciente de estrellas, tampoco brillaba la luna.

Montalt, perdido en su letargo, veía deslizarse en torno suyo á los marineros como otras tantas sombras silenciosas.

De pronto le pareció que una de esas sombras se elevaba sobre las demás á estribor para desaparecer en seguida en medio de la noche.

La mar devolvió un sordo ruido.

Al mismo tiempo se oyó un grito.

—¡Hombre al mar!

Otros decían:

—¡El breton! ¡el breton!

Montalt estaba ya de pié. Hubiéranse asombrado los que momentos antes le habían visto inanimado, por decirlo así, en medio de su pesada inercia, admirando entonces el elástico vigor de su estatura.

Hubiérase dicho que era uno de esos hermosos leones del desierto que despertándose repentinamente de su soberbia pereza, se lanzan de un solo salto, trasponiendo enormes distancias.

Antes que el capitán hubiese dado las órdenes de costumbre en semejantes casos, tocaba al primer salto el pié de Montalt la banda, desapareciendo momentos despues entre las olas.

Al mismo tiempo que el ruido de su caída se oyeron otros dos semejantes: eran Seid y su negro compañero que acababan de imitar á su señor.

A favor de la calma que reinaba no había costado trabajo poner en facha el barco. Apenas ha-

bían trascurrido dos minutos, cuando Montalt, ayudado de sus negros, sacaba á flor de agua al joven breton, que no había llegado á perder el conocimiento.

El capitán tendió la mano á Montalt para ayudarle á subir al puente.

Las facciones del valiente inglés respiraban una verdadera emocion.

—Milord, quiso decir, se avergüenza vuestra señoría de su corazón generoso y no.... Hace un momento decíais....

Montalt le impuso silencio con un gesto brusco y frío; luego se dirigió á su cámara, dando orden de que le llevaran al joven marinero.

La habitacion que durante la travesía debia pertenecer al nabab, se había decorado con un gusto y lujo esquisitos.

En medio de un saloncillo perfumado segun la costumbre asiática, y vestido de seda de alto abajo como esos elegantes cofrecillos destinados á encerrar objetos preciosos, había una mujer joven y bella, acostada tambien sobre cojines, y que parecia meditar tristemente. A la entrada de Montalt acudió á sus lábios una sonrisa que á pesar suyo se impregnó de melancolia.

—¡Al fin! murmuró; en todo el dia no os he visto Berry, y cuando no os veo soy muy desgraciada.

Montalt la besó en la frente, y en el momento en que la joven se ruborizaba de placer, dijo friamente:

—Quiero estar solo, Mirza; déjame.

La pobre Mirza bajó la cabeza y se retiró obediente.

Seid introducía en aquel momento al marinero breton.

Este había echado á la espalda las empapadas mechadas de su larga cabellera. Descubriábase entonces su rostro, que anunciaba mucha juventud, á pesar de lo pálido y delgado que estaba por el sufrimiento.

Era una fisonomía pensativa y altiva en que se adivinaba un corazón recto, pero desconfiado, y con una ignorancia salvaje de la vida.

—Respondedme francamente ó no abrais vuestra boca, le dijo Montalt despues de haber hecho con un gesto que se alejara el negro; ¿habeis caído al mar por efecto de vuestra voluntad?

—Sí, contestó el breton, que tenía erguida la cabeza y bajos los ojos.

Montalt le consideraba con creciente atención, y su mirada llegaba á expresar un grado de interés extraordinario.

Hubiérase dicho que en el fondo de su adormecida alma se despertaban vivos recuerdos.

—Sois muy joven, replicó, para estar cansado de la vida.

—Tengo veinte años.

—¡Veinte años!... murmuró Montalt como si aquellas palabras le recordasen lo pasado.

Luego añadió:

—¿Por qué quereis morir?

El breton guardó silencio.

—¿Acaso es porque sois pobre? preguntó Montalt, cuya vez se suavizaba hasta hacerse paternal.

Las mejillas del marinero se tiñeron de carmin.

—Me habeis salvado la vida, dijo, como para excusar lo desagradable que para él podía tener aquel interrogatorio.

Sus ojos no se levantaron, pero su fisonomía era un libro abierto en que estaba escrito su pensamiento.

Como Montalt no repetía su pregunta, respondió al fin en voz baja:

—¡Nadie se mata por eso!

—Es verdad, dijo Montalt.... ¿Pero por qué?

La cabeza del marinero se inclinó sobre su pecho.

Montalt esperó un instante y luego prosiguió:

—¿Sois breton?

—Sí.

—Dicen que los bretones aman á su país, y hace muy poco tiempo que la Francia está en paz con la Inglaterra.... ¿cómo se comprende que os encontráis á bordo de un buque inglés?

Esta vez respondió sin dudar el marinero:

—Cuando me separé de mi padre fué para servir al rey... hacia mi aprendizaje á bordo de una fragata; me insultó un oficial un dia en el puerto de Brest y lo maté.

—¿En duelo?

—Soy caballero.

En los labios del nabab vagó una sonrisa amarga.
—¡Ah!... dijo; ¡sois caballero!... Yo no lo soy. ¿Y serian los remordimientos de haber cometido un asesinato los que os impulsaban hácia el suicidio?

El breton movió la cabeza.

—¿No quereis confiaros á mí? replicó Montalt; estais en vuestro derecho... el mio es hablaros como un padre... Jóven, no quiero á vuestro pais ni á vuestra raza, pero vuestra fisonomia es como el espejo de un buen corazon... me agradais... A vuestra edad no puede estar sin remedio una desgracia, cualquiera que sea: es preciso que me prometais vivir.

El breton levantó hácia Montalt su mirada, en la que habia una desconfianza feroz y mucha gratitud.

—Desde que he abandonado á mi pobre y anciano padre, añadió, no he encontrado por todas partes mas que indiferencia y dureza... Gracias, mi lord; no os olvidaré nunca y pediré á Dios por vos. En cuanto á la promesa que me pedis, ya me la tengo hecha á mí mismo: matarse, segun dicen, es un acto propio únicamente de un infame ó de un cobarde; yo soy cristiano y tengo corazon.

Montalt adelantó involuntariamente su mano, que el jóven marinero tocó con respeto.

Hubo un momento de silencio. La emocion que respiraba el rostro del nabab iba disminuyendo poco á poco para cambiar en aquella frialdad del hombre que no cree en nada y que no espera.

—Tambien yo tenia veinte años, murmuró al fin sin saber que sus palabras eran oidas... ¡sufria tanto! pensé en el suicidio; pero era tambien cristiano y tenia corazon.

—¡Oh! exclamó con efusion el marinero; responderia ante Dios de que aun conservais lo uno y lo otro.

La mirada que Montalt le dirigió heló su efusion haciéndole casi arrepentirse de sus palabras.

—¿Lo sé yo?... pronunció el nabab con tono áspero y fino, que parecia ocultar un desaliento profundo.

Luego cambiando de tono repentinamente, preguntó de pronto:

—¿Cómo os llamais?

—Vicente.

—¿Vicente qué?...

Un momento antes hubiera tal vez respondido el jóven marinero; pero la mirada de Montalt le habia devuelto su sombría desconfianza.

—Soy el primero de mi familia, dijo, que ha servido al extranjero. Me avergonzaria de pronunciar aquí el nombre de mi padre.

El nabab sofocó una palabra, y sus ojos recobraron aquella laxitud enojosa que parecia serle tan familiar.

—Caballero, dijo, cada uno es libre de colocar su confianza á su modo; dispensadme que os haya dirigido esta última pregunta... ¿puedo hacer algo por vos?

Esto estaba dicho con un tono muy frío, que hubiera motivado una negativa de todo hombre de un orgullo mediano. Sin embargo, el joven marinero, cuya fisonomía anunciaba tanta altivez, dudó un momento.... Cuando volvió á tomar la palabra no fué para rehusar.

—Milord, balbuceó cubierta la frente de rubor y fijos los ojos en el suelo de la cámara, el capitán me ha pagado seis libras esterlinas por mis servicios durante la travesía de Lóndres á Burdeos y el retorno.... Si pudiera dar al capitán las seis libras, podría volver á mi país, que tal vez no hubiera debido abandonar, y donde he dejado cuanto amo en el mundo.

El nabab volvió á sonreirse y alargó su bolsa á Vicente con todas las señales de una verdadera satisfacción.

—En buena hora, murmuró.

Vicente, cuyas mejillas se iban encendiendo cada vez mas por el rubor, tomó la bolsa, que contenía unos treinta soberanos, haciendo deslizar en su mano seis piezas de oro.

—Si quereis decirme dónde vais, murmuró, satisfaré esta deuda lo mas antes posible.

Montalt arqueó las cejas.

Y como Vicente prosiguiera presentándole la bolsa con las monedas restantes, exclamó, dando una patada:

—¿No podeis tomarlo todo?

—Si lo permitís, añadió Vicente, tomaré otra libra para el viaje.

—¡Todo!.... ¡todo!.... repitió por tres veces el nabab encolerizado.

—No, dijo Vicente, colocando la bolsa sobre una mesa; no podría devolvéroslo nunca.

Montalt agarró la bolsa con violencia y la tiró al mar por una de las ventanas de la cámara.

—¡Ahl!.... dijo amargamente; sois breton y sois un caballero, Mr. Vicente.... bien, pardiez... os he reconocido, aunque durante largos años no he tenido la fortuna de encontrar uno de nuestros compatriotas.

—Milord, quiso decir el joven marinero, admirado de aquella obra, cuya causa no podia adivinar.

Montalt se habia levantado, recorriendo la cámara á grandes pasos.

—Muy bien, repitió.... sin corazon!.... sin corazon!.... cuando les interroga un amigo callan, y su virtud suprema es el orgullo estúpido que nada quiere deber ni á un salvador.

Tendióse sobre el divan al otro lado de la cámara. Vicente permaneció inmóvil y estupefacto en el mismo lugar.